

1746

C-VIII

PSOL-3/0022

EZEQUIEL LLORACH.

A LOS LECTORES

DE LOS

LIBROS DE POESÍAS.

Lérida—Diciembre—1878.

Este trabajo se dá de regalo á los señores
suscritores á las *Vibraciones del sentimiento*.
Para los que no hayan adquirido la men-
cionada obra se expende al precio de 8 reales.

Á LOS LECTORES

DE LOS

LIBROS DE POESÍAS.

oy, que las circunstancias me permiten satisfacer la deuda há tiempo contraida con el público, voy, con su beneplácito, á ocuparme de un asunto sobre el cual llamo poderosamente la atención de mis favorecedores.

Por experiencia, me he convencido de que los libros de poesías gustan siempre cuando se leen con buena entonación y verdadera maestría, y que, por el contrario, no producen efecto si su interpretación se confía á una persona poco apta para la lectura. Así, pues, todo poeta, lo primero que ha de desear es que su obra vaya á manos de persona inteligente que, al leerla en alta voz,

ciudad madrileña exige. Pongamos á nuestro hombre en una situacion algo embarazada, aun cuando tengamos que darle luego mil satisfacciones. Supongámosle sentado en el extremo de un modesto sofá y en frente de otra persona colocada al extremo opuesto, á la cual desea comunicar un secreto. Podria comunicárselo al oido, pero la puerta de la habitacion esta abierta y no quiere exponerse á que se le sorprenda en una actitud denunciadora. Podria cerrar la puerta del aposento, pero es el caso que un compañero que ha salido poco há tiene derecho á penetrar en él. Su delicadeza no le permite pues emplear este medio. ¿Como gobernarse? De un modo muy sencillo. Se inclina ligeramente hácia la persona que tiene delante, habla bajo, muy bajo, emplea la menor cantidad de sonido, y el otro que no solamente le escucha sino que tambien le mira hablar recibe las palabras al mismo tiempo que con los ojos con los oídos. Todo se encomienda á la articulacion, que realiza doble objeto, desempeñando el oficio del sonido, y viéndose precisada á marcar con verdadera claridad las palabras, apoyándose con fuerza sobre cada sílaba para hacerla penetrar en el espíritu del que desea enterarse del secreto.

Este medio se ha de emplear con muchísima frecuencia hasta conseguir los mejores resultados, que siempre se obtienen cuando se trabaja con constancia y laboriosidad.

Tambien se puntúa al leer. Todos sabemos que un silencio, un semisilencio, un acento, indican respectivamente un punto, una coma, un acento de interrogacion.

Se ha de tener sumo cuidado en no dejar caer nunca las sílabas finales á fin de prestar solidez

y claridad á la frase. No se ha de entrecortar, arrastrar, ni precipitar lo elocucion. El auditorio adivina, por lo precipitado de la lectura, que el trabajo que se lee es de mucha extension; cuando no se le previene no se dá cuenta de ello; pero si se le advierte se apodera de él la impaciencia.

Dése á cada palabra, despues de revolverse en todos sentidos, su acento verdadero y penetrante. Legouvé estuvo tres horas con la célebre Rachel ensayando una escena de treinta lineas sin que una sola de las trescientas palabras que componian el pasaje se eludiera de un riguroso exámen.

Es expuesto leer por primera vez en alta voz una poesia que no se haya descifrado antes leyéndola en voz baja y estudiándola bien. La múltiple operacion que se ejecuta es muy complicada. Se verifica en tales casos triple improvisacion. Improvisan los ojos, improvisa la voz, improvisa la inteligencia. Los primeros leen á un mismo tiempo el verso que recorren y el siguiente; la inteligencia debe abarcar ó mejor dicho adivinar desde los comienzos, la marcha, el carácter y el conjunto de cada estrofa. La voz debe con facilidad reproducir inmediatamente los sonidos propios de las palabras á medida que se los envian los ojos y la inteligencia.

A veces halla el lector un trozo en el que todo es unidad y armonía, en el que todo se encadena y se sostiene. En este caso ha de dejar desarrollarse en toda su amplitud y dulce flexibilidad la frase, haciendo sentir por medio de inflexiones de voz que la oracion no ha concluido.

Bajo del verde ramaje,
lejos del bullicio, lejos,

no quite nada de la riqueza de su colorido, á fin de que las bellezas que contenga el libro resalten por medio de una buena diccion. Pero se me preguntará, ¿luego una lectura esmerada debe hacerse de viva voz y ante un auditorio mas ó menos numeroso? Seguramente.

Legouvè, el *lector* mas célebre del mundo, decia á Mr. Cousin: «Conozco á Lafontaine mejor que vos por el solo hecho de leerle en voz alta»

Cousin era el mas entusiasta admirador del que escribió *La Encina y la caña*, pero llegó á convenirse de que, en efecto, comprendia menos al insigne fabulista que el autor de *Edith de Falsen*.

Admitida la conveniencia de la lectura en voz alta, he de hacer mucho hincapié sobre los medios que se han de emplear para que aquella se consiga con la mayor perfeccion.

Ya se comprenderá que el que tenga una voz chillona, dura ó poco agradable se encontrará en condiciones menos favorables, para ser un buen lector, que aquel que posea una voz dulce, armoniosa, flexible y homogénea. Pero tambien se ha de advertir que estas buenas cualidades se adquieren á fuerza de grandes ejercicios, y siendo la voz susceptible de modificacion todo depende de la voluntad y del trabajo.

Una vez alcanzada la escelencia de los sonidos hay que saberlos emplear oportunamente, haciendo un buen uso de las notas medias, altas y bajas, no olvidando que la mas segura, fácil y natural de las tres voces, por adaptarse mas á los sentimientos naturales y verdaderos, es la media y que solo en casos muy escepcionales pueden emplearse las otras que he mencionado.

El famoso lirico español D. José Zorrilla es el

lector á quien se debe imitar si se quiere hacer un buen uso de las tres notas.

Ha de ser tambien objeto principal de estudio el acto de la respiracion. Para que el aire entre y salga libremente de los pulmones la persona encargada de una lectura ha de colocarse en un asiento alto, permanecer derecha y tener la espalda apoyada siempre que le sea posible, procurando evitar todo encorvamiento. Las aspiraciones se han de tomar, no de la parte superior del pulmon, sino de la base de esta viscera, es decir, del mismo diafragma, á fin de almacenar mucho aire y de que no se agote el repuesto, si hay que hacer una larga lectura, lo que se consigue aspirando profundamente al principio y cuidando de respirar menos de lo que se aspira.

La pronunciacion ha de ser siempre pura, y la articulacion siempre clara. Para evitar los defectos de la segunda cuando es sorda, blanda ó dura hay un medio tan ingenioso como infalible que corrige todas las debilidades y todas las durezas, fortificando los músculos articulares, volviéndolos ágiles y elásticos, capaces de responder á todos los movimientos del espíritu y de vencer todas las dificultades de la articulacion, para que esta preste á la lectura claridad, enerjia, passion y vehemencia, y disimule, en caso necesario, la flaqueza de la voz, aun en presencia de un gran auditorio.

Se trata, por ejemplo, de una persona educada con todo esmero, de un jóven provinciano que vive comunmente en Madrid en donde se ha despojado del pelo de la dehesa y ha sabido adquirir esas escelentes formas que la buena so-

terprete de Corneille y de Racine, confundida entre una asamblea de severos jueces, escuchó impasible la lectura del drama hecha por Scribe que leía admirablemente, pero que no supo dar al personaje de la protagonista toda la grandeza necesaria para que se percibiera á la heroína bajo la mujer. La obra fué rechazada. Al día siguiente, los directores de tres diferentes teatros pidieron la obra. Scribe gustaba de las venganzas y se decidía á entregar el manuscrito, cuando el autor de *Mis Susanne*,—«Me habeis dispensado el honor,—le dijo,—de repetirme varias veces que comprendía mejor que vos el carácter de Adriana. Nuestra obra se ha escrito para la Rachel, la Rachel y solamente la Rachel ha de representarla. Entregadme, si gustais, el manuscrito.»—El célebre autor de *La calumnia* vaciló.

Pasaron seis meses. Al cabo de los cuales Scribe entregó la obra á su amigo. El génio que creo á *Luisa de Lignerolles* se presentó al director del Teatro Francés.

«No ignorais, le dijo, que la señorita Rachel ha rechazado nuestra obra. Pues bien, yo la ruego, no que haga nuestra tragedia, sino que me la oiga, en su casa y entre las personas que ella designe.» Enterada Rachel de la pretension de Legouvé dijo á una de sus amigas: «No debo negarme á oír una nueva lectura de la obra, pero nunca representaré esa... ..» La palabra se debe omitir por lo poco noble y caritativa.

Una vez el colaborador de Scribe ante la célebre trágica, que le recibió con graciosa zalamería, empezó la lectura, despues de haberle preparado la Rachel un vaso de agua azucarada, acercado una silla y descorrido los cortinajes para procu-

rarle más luz. Concluyó el primer acto sin que sucediera nada digno de mención. El eminente escritor, algo conmovido, pero dueño siempre de su persona, continuó leyendo. En el segundo acto Adriana aparece estudiando un papel que lleva en la mano. El galante Principe de Boullon se la acerca para decirla: «¿Què buscais todavía?»—«La verdad»—contesta Adriana.—«Bravo»—esclamó sin poderse contener Julio Janin uno de los personajes que con Merle, Rolle y el director del Teatro Francés habia sido designado por Mlle Rachel, para componer aquel terrible jurado. La artista aplaudida frenéticamente en Postdam ante un auditorio de reyes continuó impasible hasta el final del segundo acto, que empezó á dejarse ganar con débil resistencia por la impresion de de los circunstancias que dejaban entrever ya su mal reprimido entusiasmo.

Usó la Rachel del último simulacro de defensa y desde las primeras escenas del tercer acto, arrastrada por la voz de Legouvé, se entrega al entusiasmo general, aplaude frenéticamente, llora, y, sin poderse contener, exclama: «¡Qué estúpida he sido!» Al terminar el quinto acto abraza frenética y nerviosa á Legouvé, y le dice: «¡Sois un excelente actor!» El triunfo fué completo. Al día siguiente, embriagado de placer, desdoblaba Legouvé, ante los ojos atónitos de su amigo, un papel impreso, en el que se leía: «Teatro Francés.—A las doce.—Ensayo de *Adriana Lecouvreur*.»

En uno de los ensayos verificados pocos días antes del estreno, cuando Adriana muere en mitad de la noche en los brazos de dos amigos, estuvo la Rachel tan espantosamente trágica que, al pasar ante un espejo Legouvé, Regnier y Maillard,

donde no muerda la envidia,
 donde no existan los celos,
 donde seres importunos
 no turben nuestro sosiego,
 y donde solo se escuche
 el murmullo placentero
 de las hojas confundido
 con el rumor de los céfiros,
 medio ocultos en la sombra,
 del bosque en lo mas espeso,
 fijos sin cesar mis ojos
 en tus ojos hechiceros,
 con el lenguaje del alma
 de nuestro amor hablaremos,
 y alli solitos, solitos,
 ardiendo en un mismo fuego,
 juntaditas nuestras manos,
 juntaditos nuestros cuerpos,
 renovando las caricias,
 los ósculos repitiendo,
 antes que á nublar el alma
 venga el implacable duelo,
 la copa de los placeres
 dichosos apuraremos,
 al dulce son de las aguas
 y al cantar de los jilgueros.

El mérito de toda poesía consiste en su naturalidad y sencillez.

Cuando se lee á un poeta hay que leerlo como poeta. Alli donde aparezca un ritmo hacer sentir ese ritmo; alli donde aparezca una rima hacer sentir esa rima. Cuando los versos son pintura y música á la vez hay tambien que ser músico y pintor al leerlos. En los versos descriptivos es

cuando las imágenes han de ser visibles, tanto por la voz del lector como por la pluma del poeta. Leer es interpretar, es traducir. El buen lector, al ser intérprete de unos versos, se convertirá así mismo en su confidente y á él solo le revelará el poeta lo que no dirá á nadie. Para esto se necesita talento, muchísimo talento. No basta que se tenga un mecanismo correcto, no basta conocer las reglas que se refieren á la emision de la voz á la pronunciacion, á la articulacion, á la puntuacion, es decir á la parte material del arte de la lectura. Este arte divino tiene, —y es la de más transcendencia,—su parte intelectual, cuyas reglas se reducen á saber interpretar fielmente la obra que se lee. Para que esto se consiga de un modo perfecto se necesita, no solamente tener talento, sino ser un génio. Ya se comprenderá pues que nunca es tan difícil, nunca tan necesario el arte de la diccion como cuando á la poesia se aplica. ¡Cuán largo, cuan asiduo, cuan improbo trabajo no hay que emplear para dominarlo, para llegar á sobresalir en él!

Grilo y Zorrilla, con ser los mejores lectores de España, no son lectores perfectos. ¿Lo es el discreto literato francés Legouvé? Dicen que sí. El nombre del afamado autor de *Medea* me recuerda un anecdota que voy á referir, aunque brevemente, porque ella probará á mis lectores la gran importancia que reviste el difícil arte de la lectura.

Scribe y Legouvé habian escrito una obra trágica titulada *Adriana Lecouvreur* para la señorita Rachel, célebre artista que habia recitado en los jardines de Postdam ante el Rey de Prusia, el emperador de Alemania, el de Rusia, el rey de Italia, el de Portugal y otros soberanos. La in-

beza han intentado vanamente arrancar puñados de laureles algunos miserables envidiosos. Valencia, la poética Valencia, la preciosa y rica joya del Túrria acaba de vengarle. La ovacion recientemente tributada por la ciudad del Cid al inmortal autor de las serenatas y las cántigas moriscas formará época en la vida del grande hombre que escribió aquellas magestuosas octavas del *Sancho Garcia*. El autor inmortal de *D. Juan Tenorio* recorre las provincias de España con su laud al hombro para ganarse el sustento leyendo sus versos. Valencia le abre sus puertas. Las empresas teatrales le ofrecen un beneficio y el pueblo acude à oír al gran poeta. Al escucharle el precioso *Canto del fénix* se entusiasma y le interrumpe con ahullidos de huracán. El telon se corre para levantarse mas de cien veces. El poeta recibe una apoteosis en vida.

La funcion llega à su término. El trovador castellano termina las últimas estrofas de su poesía *¿Quién soy?...* Por fin, aquella voz, de una dulzura encantadora, que no habla, ni canta, però que es como una melodía intermedia entre la palabra y la música, se extingue. Ya no resuena ni una nota de aquella especie de himno semejante al dulce aleteo producido por querubines. El pueblo queda absorto y sorprendido. Se convence de que no ha soñado y se lanza à la calle para dirijirse, en tumultuoso tropel, à la Redaccion del periódico *Las Provincias*. Pide la insercion de *aquello* que ha oido. Mas ¡oh dolor! al día siguiente dice à sus suscritores el diario valenciano que el autor de aquellas maravillas no puede autorizar su insercion por cuanto se han publicado en un volumen que es propiedad del editor. El pueblo

quiere leer lo que ha oido al sublime bardo. Se telegrafía à Madrid y el librero del número 72 de la calle de Jacometrezo, Suarez, no basta à enviar volúmenes à Valencia que son arrebatados de las librerías à medida que van llegando. Esto conmueve al poeta. Lee una nueva composicion dedicada à Valencia, à la que llama patria adoptiva y verdadera madre, canta la belleza de sus mujeres, refiere su propia historia y dice que vá à Madrid para volver pronto à la ciudad de las flores y morir en sus vergeles.

¡Oh, poder de la lectura! ¡Oh, Valencia, que al honrar al poeta te has honrado à ti misma, yo te saludo con toda la efusion de mi alma!...

Voy à escribir unas pocas frases mas y concluyo.

Deseo arrojar algun material al soberbio edificio, todavia en construccion, cimentado por Zorrilla, y cuya cúpula está confiada à Grilo, que, en el arte de la lectura, ya casi aventaja à su maestro. Deseo, por medio de lecturas públicas, arrancar algo que permanece incrustado en las páginas de mis *Vibraciones del sentimiento* y hacerlo visible à los que me dispensen el honor de oírme. Si en la conducta de mis esclentes compatriotas, à quienes tanto debo, hallo nuevos motivos de gratitud y consigo desarrollar la aficion à la buena poesia daré por muy bien empleados los esfuerzos que serán menester y los sinsabores que tendré que sufrir para llegar à la realizacion de mi objeto.

Ezequiel Llorach.

se estremecieron ante la palidez cadavérica de sus semblantes. Rachel, fuertemente agitada por sacudimientos nerviosos, enjugaba las lágrimas que en abundante vena corrían de sus ojos. La obra se representó 180 noches consecutivas. El triunfo de la Rachel no tuvo ejemplo. Fué el astro resplandeciente de la escena que eclipsó á la Mars y á la Ristori. Algunos años despues moria la eminente trájica en una quinta del Mediodia de Francia perteneciente á Mr. Sardou: Adoptó para morir las mismas actitudes llenas de languidez y elegancia de que se habia servido al representar el papel de Adriana. Las posiciones de jóven enferma de la hermosa y cèlebre artista dejaban asombrado. En el apojeo de su juventud y en la plenitud de su belleza, tres dias antes de morir, aun pensaba volver á la escena, pues dictaba para Legouvé estas frases: «Nadie escribe como vos los papeles de mujer; prometedme que me escribireis mi papel al reaparecer en la escena.»

Veó, con sorpresa, que este trabajo didáctico, que someto al buen criterio de mis distinguidos suscritores, va tomando proporciones alarmantes. Mucho me queda que decir todavia, pero lo expuesto basta, á mi ver, para dejar plenamente demostrado que la lectura es un arte, que como tal tiene sus reglas fijas. Estas reglas son materiales porque descansan en el ejercicio de un órgano físico, la voz, y son á la vez intelectuales porque tienden á desarrollar un órgano intelectual, el pensamiento. Se ha hablado de lo que se refiere á la voz, á la pronunciacion, á los sonidos y á las palabras, que es lo que constituye la parte técnica del arte de la lectura. Todo lo que á la inteligencia incumbe se reduce, como he

dicho, á saber interpretar con facilidad la obra del poeta. Las reglas las suministra y las aplica en este caso el talento del lector.

Voy, antes de pasar á otra cosa y dar por terminado este trabajo, á dirigirme á mis bellas lectoras. A ellas, aun más que á los hombres, conviene el arte de la lectura. En los países extranjeros y aun en Madrid, las más ilustres damas cifran su mayor mèrito en saber interpretar, ante un selecto auditorio, las producciones liricas de sus más esclarecidos ingénios. ¡Y qué! Mas que recorrer con sus dedos las teclas del piano, ¿acaso no es más digno, más poético, y mil veces más provechoso, pintar, por medio de la voz, una imágen, hacer visible una idea, interpretar ese dulce y delicado sentimiento que palpita en las creaciones inmortales del inspirado poeta? Ellas, además, son más aptas que los hombres para todas las artes de interpretacion; imitan con facilidad y han recibido de la naturaleza un órgano flexible, el órgano de su voz encantadora y dulce como el himno de la juventud.

Voy á concluir. En América es considerada la lectura en alta voz como uno de los elementos mas importantes de la instruccion pública.

En Francia, en Alemania y en Italia los poetas liricos obtienen, por medio de las lecturas públicas, ruidosos triunfos, que no alcanzan nuestros poetas dramáticos más insignes, apesar de los grandes esfuerzos de los actores. El pueblo acude, en tropel, á las puertas de los coliseos y paga para oír á sus poetas.

En España, ha introducido esta costumbre el inspirado cantor de *Granada*, el famoso poeta legendario D. José Zorrilla, de cuya venerable ca-